

FRIEDRICH NIETZSCHE

MIRADA RETROSPECTIVA A MIS DOS AÑOS EN LEIPZIG, del 17 de octubre de 1865 al 10 de agosto de 1867

[Septiembre 1867- abril 1868]

Traducción de Luis Fernando Moreno Claros, publicada en NIETZSCHE, F., *De mi vida. Escritos autobiográficos de juventud (1856-1869)*, Valdemar, Madrid, 1997.

Mi futuro se me antoja muy sombrío, pero esto no supone para mí motivo alguno de preocupación. Del mismo modo me comporto en lo que respecta a mi pasado; en general, lo olvido con mucha rapidez, y sólo las transformaciones y la consolidación del carácter me muestran, de cuando en cuando, que fui yo mismo el que ha vivido aquello que pasó. Viviendo de esta forma, acaban por sorprendernos, sin que los podamos comprender, los cuadros de nuestra propia evolución. No ignoro que esto tiene sus ventajas, ya que también la constante meditación y el examen atento pueden llegar, a menudo, a ser un obstáculo para las manifestaciones ingenuas del carácter, pues con facilidad dificultan su desarrollo. A decir verdad, me parece que un seguimiento riguroso sólo es molesto en apariencia, y que su influencia sólo es negativa durante un cierto tiempo. Y si no, piénsese en un soldado de infantería que temiera olvidar por completo la facultad de caminar porque se le conmina a que sepa elevar el pie conscientemente y a que no pierda de vista sus errores. En realidad, eso sólo depende de que se forje en él una segunda naturaleza, y así, seguirá caminando tan libremente como antes. Es muy fácil deducir la moral de esta fábula, y las páginas que siguen mostrarán que yo la he descubierto. Deseo observarme a mí mismo; pero para no comenzar con un escueto «hoy», prefiero adelantar algo sobre el transcurso de mis dos últimos años. ¡Dos años! ¡A esta edad! ¡Qué no absorberá el joven ser, qué no influirá mínimamente en sus actos!

Partí de Bonn como un fugitivo. Cuando a medianoche mi amigo Mushacke me acompañó a la orilla del Rin, donde teníamos que esperar al vapor que venía de Colonia, no quedaba en mí ni un ápice de melancolía por tener que abandonar un lugar tan hermoso y una comarca tan floreciente y separarme de un puñado de jóvenes camaradas. Antes bien, fueron justamente estos últimos quienes me alejaron. No quiero hoy, a posteriori, mostrarme injusto con aquella buena gente, como tantas otras veces lo fui entonces, pero mi naturaleza no encontró satisfacción alguna entre ellos. Yo mismo me hallaba todavía escondido en mí de un modo excesivo y salvaje, y no tenía la fuerza suficiente como para tomar parte en la intensa actividad que en aquel mundo se desarrollaba. Todo parecía forzarme, y me sentía incapaz de dominar cuanto me rodeaba. En los primeros tiempos luchaba por adaptarme a las normas, por convertirme en lo que se llama un «alegre estudiante». Pero esto me salía siempre mal, pues el hálito de poesía que parece descansar

debajo de toda esa actividad se desvaneció muy pronto para mí, mientras que lo único que se me mostraba tras los excesos en la bebida, la jarana y el endeudamiento que conllevaba la vida del estudiante no era más que el talante de una forma muy convencional del más vulgar filisteísmo. Comencé a sentir en mi interior una mayor tranquilidad. Cada vez me sustraía con mayor placer de aquella burda forma de diversión para buscar mejor los sencillos goces que proporcionaba la naturaleza o los que me ofrecían los estudios artísticos emprendidos en común. Poco a poco iba sintiéndome más extraño en esos círculos de los que, sin embargo, no era tan fácil escapar. Además, comencé a padecer constantes dolores reumáticos; también, y en no menor grado, me oprimía el sentimiento de haber dejado muchas deudas y de no haber cosechado nada a cambio para la ciencia y, mucho menos, para la vida. Todo esto hacía que me sintiera como un fugitivo aquella noche húmeda y lluviosa, cuando me encontraba a bordo del vapor y mientras contemplaba extinguirse las escasas luces que, a lo lejos, subrayaban el perfil de Bonn en la orilla del río.

Las vacaciones transcurrieron bajo la impresión de este estado de ánimo. Los últimos catorce días tuve el placer de pasarlos en casa de los padres de mi amigo Mushacke. En Berlín jugué a representar el papel del descontento; el pasado aparecía aún muy claro ante mi vista, su peso abrumaba todavía mis hombros, tanto que, como supongo, debía de cansar mucho a mi amigo con mis eternas lamentaciones. Naturalmente, yo no dejaba de generalizar el disgusto que sentía sobre la manera de comportarse de los estudiantes de Bonn, ni de extender mis duras críticas a toda la institución de las corporaciones estudiantiles alemanas. Que tuviera que encontrarme con gente de esa calaña en un concierto de Liebig fue para mí una verdadera tortura; y fui lo suficientemente descortés como para, tras los ineludibles saludos, permanecer sentado a su lado toda una velada sin pronunciar una sola palabra. Cuando, a pesar de todo, uno de ellos, cumpliendo con lo que él creía era su deber para conmigo, me invitó a la cervecería que frecuentaba, me presté a asistir sólo por condescendencia hacia mi amigo Mushacke, pero permanecí tan mudo e inabordable como en nuestro primer encuentro. Aquella actitud debió de motivar ideas muy poco ventajosas sobre mis cualidades y mis costumbres, pues, por lo demás, bebí muy poca cerveza y no fumé nada en absoluto.

En cuanto a Berlín, visitarla y juzgarla sin prejuicios no era algo que yo pudiera hacer en aquella época; en cambio, Sans-Souci y los alrededores de Postdam, cubiertos con el pintoresco ropaje que les proporcionaba el comienzo del otoño, ejercieron sobre mí una profunda impresión, que se avenía muy bien con mi estado de ánimo entristecido e insatisfecho. También el jardín del Teatro Victoria aparece ahora con suma claridad en mi recuerdo: sin apenas verde, los árboles pelados como colas de rata, los bancos y las sillas apilados de cualquier manera. Sobre la cúspide de las casas circundantes, los tenues rayos del sol otoñal y el cielo azul pálido en el que los tejados se recortaban con brusquedad... Nuestras conversaciones alimentaban también mi mal humor. Ahí estaban los sarcasmos del excelente Mushacke, sus agudos juicios sobre las altas instancias de la administración escolar, la cólera que le suscitaba el Berlín judío, sus recuerdos de la época de los jóvenes hegelianos... En definitiva, toda la atmósfera pesimista de un hombre que había visto muchas cosas entre bastidores que no dejaban de contribuir como renovados incentivos a mi estado de ánimo. Aprendí en esa época el placer de verlo todo negro, y eso porque

entonces, contra mi voluntad, como yo creo, también la suerte se mostraba muy negra conmigo.

Era el 17 de octubre de 1865 cuando, junto con mi amigo Mushacke, llegué a Leipzig, a la estación de Berlín. Sin ningún plan preciso nos adentramos en el interior de la ciudad, donde nos causaron gran placer las torres de las casas, las callejuelas llenas de vida y la ferviente actividad que reinaba en todas partes. Después, a la hora de comer, entramos en el Restaurante Reisse (en la *Mostergasse*) para descansar un poco y, aunque el lugar no estaba exento de jóvenes vestidos con colores negro, rojo y gualda, encontramos allí una cierta tranquilidad. Aquí comenzó mi estudio del «*Tageblatt*», algo que después acostumbraba a hacer regularmente a la hora de comer. Aquel día tomamos nota de las ofertas de alojamiento, de todas aquellas habitaciones «decentes», o incluso «elegantes», con «gabinete», etc. Acto seguido comenzó nuestra peregrinación calle arriba, calle abajo, escalera arriba, escalera abajo, para ver todas las maravillas descritas, que, por lo general, encontramos muy mediocres, e incluso horribles. ¡Qué olores nos acogieron! ¡Qué exigencias de limpieza se atribuían ante nosotros! ¡Basta! Pronto estuvimos irritables y desconfiados y de esa guisa seguimos sin mucho interés a un anticuario, que alquilaba una vivienda que parecía ser de nuestra conveniencia. Cuando ya se nos estaba haciendo el camino demasiado largo y estábamos cansados, se detuvo en una callejuela lateral que llevaba por nombre *Blumengasse*. Entramos en una casa y, atravesando un jardín, en un edificio aledaño, nos enseñó un pequeño piso con salón y gabinete que nos causó una grata impresión de recogimiento y que se avenía muy bien para servir de alojamiento a un erudito. Enseguida nos pusimos de acuerdo en el precio; a partir de entonces viviría donde el anticuario Rohn, en el número 4 de la *Blumengasse*. Mi amigo Mushacke encontró una habitación en la casa de enfrente. Y, por cierto, como más tarde tuve múltiples ocasiones de comprobar, yo obtuve la mejor parte con la elección del alojamiento. Aquel día, tras la solución de nuestros negocios, fuimos al café vecino, donde ya envueltos por la brisa otoñal pero todavía al aire libre, tomamos nuestro chocolate de la tarde con los corazones palpitantes de expectación por ver lo que nos reservaría aquella nueva etapa de nuestra existencia.

Al día siguiente me presenté ante el consejo universitario; era precisamente el día en el que se cumplían los cien años de la inscripción de Goethe en el registro universitario, lo cual era celebrado por la universidad con un homenaje conmemorativo y con el nombramiento solemne de doctores. No puedo decir cuánto me animó esta coincidencia casual; con seguridad era un buen augurio para mis años en Leipzig, y así fue como el futuro tuvo buen cuidado de demostrarlo. El entonces rector Kahnis intentó hacernos ver claramente a todos nosotros, los nuevos alumnos matriculados, que dicho sea de paso, formábamos un grupo bastante numeroso, que el genio recorre su propia órbita y que la vida estudiantil de Goethe no debía en absoluto constituir un ejemplo válido para nosotros. Respondimos al discurso de aquel hombre regordete y vivaracho con una mal disimulada sonrisa y seguidamente le dimos el apretón de manos de rigor, para lo cual el grupo entero desfiló alrededor de aquel punto negro. Más tarde recibimos nuestras acreditaciones.

El primer acontecimiento agradable que viví fue la entrada en escena de Ritschl, que había arribado felizmente a su nueva costa. Según el uso académico, él tenía la obligación de impartir públicamente su lección inaugural, en el Aula Magna. Todo el mundo esperaba con muchísimo interés la aparición del gran hombre que, debido a su comportamiento en los *affaires* de Bonn, había logrado que su nombre apareciera en todos los periódicos y ser la comidilla del público. El cuerpo académico se hallaba allí reunido al completo, pero también había en las últimas filas y de pie, al fondo, un público numeroso que no se componía de estudiantes. Por fin apareció Ritschl, como deslizándose por la sala: llevaba puestos sus enormes zapatos de fieltro, aunque, por lo demás, vestía un impecable traje de ceremonia, con cuello postizo blanco. Sereno y desenfadado miraba a su alrededor en ese nuevo mundo, en el que pronto encontró caras conocidas. Mientras se dirigía al fondo de la sala, exclamó de improviso «¡Vaya, pero si ahí tenemos al señor Nietzsche!», y con gran viveza me dirigió un saludo con la mano. Enseguida reunió a su alrededor un grupo de discípulos de Bonn con los que comenzó a charlar con complacencia mientras la sala se iba llenando cada vez más y los dignatarios académicos ocupaban sus sitios. Cuando hubo notado esto último, subió con serenidad y desenvoltura a la cátedra y pronunció su bello discurso en latín sobre el valor y utilidad de la filología. Lo espontáneo y vivaz de su mirada, la energía juvenil de sus palabras, el fuego vehemente de sus gestos, levantaba abiertamente asombro a su alrededor. Escuché cómo un jovial anciano sajón que estaba sentado a mi lado exclamaba para sí: «¡Vaya fuego que tiene el viejo!». También en su primera lección de curso, en el aula número 1, hubo una gran cantidad de gente. Ritschl dio inicio a su curso sobre la tragedia de Esquilo, *Los siete contra Tebas*, cuya parte más importante ya había oído yo y transcrito en su mayoría.

Aquí quiero hacer una observación respecto a los cursos a los que he asistido. El hecho es que yo no poseo ningún cuaderno entero con los apuntes de algún curso completo, sino sólo pobres fragmentos de cada curso. Esta irregularidad mía me producía preocupación e intranquilidad, pero, finalmente, he aquí que también encontré la fórmula salvadora. En definitiva, la materia de la mayor parte de los cursos no me interesaba nada en absoluto, sino sólo la forma en la que el académico transmitía su sabiduría a los oyentes. Era el método lo que verdaderamente me apasionaba; por lo demás, no dejaba de extrañarme qué pocos conocimientos se imparten de hecho en la universidad, y cuánta estimación suscitan, a pesar de todo, los estudios universitarios. Entonces comprendí que la ejemplaridad del método, la manera de tratar los textos, etc, constituían precisamente el punto del que partía la irradiación capaz de ejercer tal efecto e influencia. De ahí que me limitase a observar cómo se enseñaba, cómo se transmitía el método de una ciencia al joven espíritu de los estudiantes. Procuraba ponerme siempre en el lugar de un docente académico y, así, desde este punto de vista, dedicaba mi aplauso o mi censura a los esfuerzos de nuestros profesores. De este modo, pues, me apliqué mucho más en aprender cómo se llega a ser un maestro, que en aprender los contenidos que normalmente se enseñan en las universidades. En esto me alentó y animó siempre la certeza de que nunca me faltarían los conocimientos que han de exigírsele a un docente académico, pues confío en la particularidad de mi propia naturaleza, la cual, por su peculiar impulso y siguiendo su propio sistema, se sabe dignificada por la capacidad de aprender todo cuanto es digno de saberse. Hasta ahora mi experiencia ha confirmado bien tal confianza. Es mi propósito

convertirme en un docente verdaderamente práctico y, sobre todo, despertar en los jóvenes aquel juicio y aquel razonamiento crítico que son indispensables para no perder nunca de vista, el porqué, el qué y el cómo de su ciencia.

No podrá negarse que esta manera de considerar las cosas comporta un elemento filosófico. El joven tiene que entrar en ese estado de asombro que se ha denominado el *nofosñlif woy<p tak n̄ xozꝛf* [el *pathos* filosófico por excelencia]. Una vez que la vida se ha mostrado ante él como algo enigmático, tendrá que atenerse, conscientemente pero con severa resignación, a aquello que es posible conocer y, en esta amplia comarca, llevar a cabo su elección proporcionalmente a sus capacidades. Por el momento deseo contar cómo he llegado a este punto. Aquí aparecerá, pues, por primera vez en estas páginas, el nombre de Schopenhauer.

La irritación y las contrariedades de naturaleza personal suelen adquirir fácilmente en la gente joven un carácter general, por poco inclinada que ésta sea a la *aŪlksud* [rebeldía]. Por aquel entonces, a causa de algunas experiencias dolorosas y crueles desilusiones me encontraba a la deriva, solo, sin principios sólidos, sin esperanza y sin tan siquiera un recuerdo agradable. El único deseo que me enardecía de la mañana a la noche era el de construirme una vida que se adaptase a mi naturaleza; por eso rompí hasta el último refugio que me mantenía amarrado a mi pasado de estudiante en Bonn, especialmente, con el vínculo que me unía a la corporación. En el feliz aislamiento de mi morada lograba recogerme en mí mismo, y cuando me encontraba con amigos era sólo con Mushacke y con von Gersdorff, que, por su parte, participaban de mis mismos propósitos. Ahora, imagínese cómo debió de impactarme la lectura de la obra principal de Schopenhauer en tales circunstancias. Encontré un día este libro precisamente en el *Antiquariat* del viejo Rohn. Ignorándolo todo sobre él, lo tomé en mis manos y comencé a hojearlo. No sé qué especie de demonio me susurró al oído: «llévate este libro a casa». De todas formas, el hecho ocurrió contra mi costumbre habitual de no precipitarme en la compra de libros. Una vez en casa, me acomodé con el tesoro recién adquirido en el ángulo del sofá y dejé que aquel genio enérgico y severo comenzase a ejercer su efecto sobre mí. Ahí, en cada línea, clamaba la renuncia, la negación, la resignación; allí veía yo un espejo en el que, con terrible magnificencia, contemplaba a la vez el mundo, la vida y mi propia intimidad. Desde aquellas páginas me miraba el ojo solar del arte, con su completo desinterés; allí veía yo la enfermedad y la salud, el exilio y el refugio, el infierno y el paraíso. Me asaltó un violento deseo de conocerme, de socavarme a mí mismo. Testigos de aquella revolución interior son hoy todavía, para mí, las páginas del diario que yo escribía en aquella época, tan inquietas y melancólicas, llenas de autoacusaciones banales y de la desesperada idea de redimir y transformar la naturaleza entera del ser humano. Habiendo puesto todas mis cualidades y aspiraciones ante el tribunal de un sórdido autodesprecio, era malvado, injusto y desenfrenado en el odio que vertía contra mí. Tampoco faltaron torturas físicas. Así, durante catorce días seguidos, me esforcé por no acostarme antes de las dos de la madrugada y levantarme sin dilación alguna a las seis en punto. Una constante excitación nerviosa me dominaba a todas horas, y quien sabe qué grado de locura habría alcanzado de no ser porque las exigencias de la vida, la ambición y la imposición de unos estudios regulares obraron en sentido contrario.

En aquella época se fundó la asociación filológica. Una tarde, Ritschl invitó a varios antiguos alumnos de Bonn a su casa, y a mí entre ellos. Tras la cena, nuestro anfitrión nos incitó vivamente a la idea en la que se fundamenta la asociación filológica. Las mujeres se encontraban en esos momentos en la habitación contigua, y nadie estorbaba la vivacidad de aquel hombre, que hablaba, por experiencia propia, de la eficacia y la influencia de tales asociaciones. La idea cuajó en cuatro de nosotros, esto es, en Wisser, Roscher, Arnold y yo. Hicimos correr la voz entre el círculo de nuestras amistades y luego invitamos a los «elegidos» a la «Taberna alemana» para constituir entre los presentes una asociación. Pasados ocho días tuvimos la primera de nuestras sesiones habituales. Los primeros seis meses transcurrieron sin que tuviéramos un presidente; por eso, siempre al comienzo de cada sesión, nombrábamos a uno de nosotros para que la presidiera. ¡Qué debates tan excitantes y desenfadados! De entre todo aquel bullicio era difícilísimo llegar a alguna conclusión con la que la mayoría estuviera de acuerdo. Fue el 18 de enero cuando pronuncié mi primera conferencia y, con ella, también inauguré, en cierta manera, mi entrada en el mundo filológico. Yo había anunciado que, en el restaurante «Löwe», en la *Nikolaistrasse*, disertaría sobre la primera redacción de la obra de Teognis. En este local, en una sala abovedada, y tras haber superado mi timidez, pude expresarme con vigor y elocuencia, y logré, además, que mis amigos manifestaran gran respeto por aquello que habían escuchado. Extraordinariamente aliviado regresé a casa ya muy entrada la noche y me senté en mi escritorio para verter en el *Libro de las observaciones* palabras amargas y borrar en lo posible de la pizarra de mi conciencia la vanidad de la que había gozado.

Este éxito tan favorable me proporcionó un día el valor suficiente para llevarle a Ritschl mi trabajo tal como estaba, en folio y plagado de anotaciones marginales. Se lo entregué tímidamente en su propia mano, en presencia de Wilhelm Dindorfs. Más tarde supe cuán desagradables y embarazosos eran para Ritschl tales compromisos. En definitiva, aceptó el trabajo, tal vez influido por la presencia de Dindorfs. Unos días después me mandó llamar. Me observó pensativamente y me invitó a tomar asiento. «¿Qué piensa hacer usted con este trabajo?» -me preguntó. Yo respondí, obviamente, que el trabajo, una vez que había sido utilizado como base para una conferencia de nuestra asociación, había cumplido ya su propósito. Entonces me preguntó mi edad, cuánto tiempo llevaba estudiando y demás, y, cuando le hube respondido a todo, declaró que jamás había visto en el trabajo de un estudiante de tercer semestre tamaño rigor científico ni tal seguridad combinatoria. Seguidamente me animó calurosamente a reelaborar la conferencia para hacer de ella un opúsculo, prometiéndome toda clase de ayudas. Después de tal escena, me encontraba exultante de orgullo. Aquella tarde, el grupo de amigos dimos un paseo hasta Gohlis; hacía un tiempo agradable y soleado, y la felicidad me desbordaba. Finalmente, ya en la posada, cuando nos sentamos ante el café y unos buñuelos, no pude contenerme y conté a mis compañeros, que cayeron en un asombro exento de envidia, lo que me había sucedido. Algún tiempo anduve por ahí como en sueños; aquéllos fueron los días de mi nacimiento como filólogo, había sentido ya el aguijón de la fama, una fama que me era dado cosechar si seguía por aquel camino.

Hubo un miembro de mi entorno al que debió de impresionar especialmente lo que me había sucedido. Se trataba del joven Gottfried Kinkel, con quien, a partir de ese momento, tuve un contacto más estrecho. Tengo que decir algo sobre este tipo tan singular, un hombrecillo grácil, sin barba y rostro de anciano. A la vez, poseía una agilidad de movimientos que hacía pensar en un trato frecuente con mujeres, y una verdadera indiferencia y apatía británicas para con aquellas cosas de las que no quería darse por enterado. Pero aquello que, antes que cualquier otra cosa, causaba en él asombro era que, si bien vivía en modestas circunstancias y que, aunque como filólogo no se preocupaba más que de realizar un trabajo casi mecánico, veía las cosas de su entorno como a través de un cristal de aumento, sobre todo a sus amigos. Si comenzaba a describir a uno de nosotros, en seguida nos veíamos transformados, para nuestro regocijo, en seres hiperbólicos. En definitiva, ése era su carácter, y seguro que también él disfrutaba con el esplendor de sus propias creaciones. Nos visitábamos con frecuencia, interpretábamos música juntos y nos perdíamos en conversaciones sobre los propósitos de la filología. Él, que tenía siempre presentes los principios políticos de su padre; él, que de vez en cuando pronunciaba conferencias en asociaciones obreras, deseaba a toda costa que en el fondo siempre existiesen fines políticos, mientras que yo, más acorde con mi naturaleza, representaba la digna impersonalidad de la ciencia. Mas de repente cambió su opinión, tomó mi mano derecha y juró que, desde aquel momento, viviría según mis principios. Nuestro trato con él era un compuesto de respeto, lástima y asombro. Tenía siempre preparados para la imprenta sus pequeños trabajos filológicos, pues él los consideraba obras maestras. Yo sabía que además escribía poemas, y si no me hubiera declarado con firmeza en contra de toda esa poetería juvenil, a menudo hubiera querido presentarme sus creaciones. Suelo datar el surgimiento de la autoconciencia en un joven en el momento en que arroja sus poemas a la estufa, cosa que yo también hice en Leipzig, en conformidad con esta opinión. ¡Paz a esas cenizas!

Entonces comía con mis amigos en «Mahn», junto al Blumenberg, muy cerca del teatro. Desde allí solíamos ir a menudo al café «Kintschy», el cual tenía, a mi parecer, muchas ventajas. Lo frecuentaba un selecto grupo de clientes asiduos, entre los que se encontraba el profesor Wenzel, a quien llamábamos «el gato», un hombre vivaz y obstinado de larga cabellera blanca -entonces redactor del *Leipziger Signar*-, a quien nosotros hacíamos blanco de nuestros comentarios maliciosos antes de saber quién era. Sentíamos un gran afecto por el amabilísimo suizo Kintschy, un hombre cordial e inteligente que se acordaba con agrado de sus antiguos huéspedes: Stallbaum, Herloßsohn y Stolle, cuyos retratos colgaban de las antiquísimas paredes marrones. En aquella sala abovedada no se permitía fumar, lo cual la hacía muy de mi agrado. Por las tardes, sobre todo los sábados, podía encontrárenos en la taberna recién inaugurada de Simmer. Aquí venía mi amigo Mushacke, y también von Gersdorff, tras haber vivido y superado en Göttingen experiencias similares a las mías en Bonn. Esos dos amigos fueron los primeros hacia los que dirigí el fuego torrencial de mi batería schopenhaueriana, porque yo juzgaba que serían receptivos a las ideas del filósofo. Y poco a poco nos fuimos sintiendo profundamente unidos bajo la magia de aquel nombre. También buscábamos activamente otras naturalezas

similares a las que poder atrapar en la misma red. De éstas se merece un recuerdo un tal Romundt, que procedía de Stade, en Hannover. Tenía una voz desagradablemente aguda que, en un primer momento, hacía que la gente, asustada, se apartase de él. Y así me ocurrió también a mí, hasta que me acostumbré a no tener en cuenta esa desagradable impresión auditiva meramente externa. Se encontraba en una situación desgraciada. Poseía una naturaleza bien dotada pero que no le conducía a ninguna parte, puesto que no le proporcionaba una meta que considerara digna de esfuerzo. En él se alternaban desconsoladamente el carácter del investigador, del poeta y del filósofo, por lo que se consumía en una perpetua insatisfacción. Es fácil comprender que también sus ojos se fijaran en el nombre de Schopenhauer, una vez que yo hube dicho algo acerca de su naturaleza. Con otros, en cambio, fracasaron por entero mis tentativas de conversión. Por ejemplo, con Wisser, en el que en primer lugar había notado un aliado potencial. Carecía sobre todo de profundidad filosófica y, además, de la preparación necesaria para ello. Lo que más me llamaba la atención de él era su ambición insondable, que, como nunca se daba por satisfecha, descomponía su naturaleza entera y, sobre todo, su sistema nervioso. Su mayor aspiración era lograr algún gran descubrimiento en el campo de su ciencia y, de cuando en cuando, era dichoso a causa de un supuesto hallazgo en el que nosotros, tras un examen atento, no encontrábamos más que escoria. Poseía una amable inclinación a frecuentar la compañía de los niños y los ancianos, y donde mejor se sentía era en ambientes sencillos, pueblerinos, en los que podía darse a valer. Tan pronto nos torturaba con una nueva división del prólogo al Evangelio de San Juan, como con la distinción entre Tibulo y Tibulo, y podía llegar a enfadarle muchísimo el que encontrásemos sus esfuerzos inútiles y carentes de método. Espero que ahora le vaya mejor a este exaltado de tan buen ánimo.

Aprovecho la ocasión para aportar algo sobre otras personas que también estuvieron en contacto conmigo. El primero que se me ocurre es Hüffer, quien, continuamente y de la manera más sorprendente, tanto importunó y embromó a nuestros dos conocidos Romundt y Wisser, que se granjeó en cuerpo y alma la enemistad del segundo y la amistad del primero. Un hombre de gran talento, al que la naturaleza le había privado del don del talle, que se dedicaba con entusiasmo a las bellas artes, especialmente a la música, traducía hábilmente del francés y, puesto que poseía muchas capacidades, nadaba en contra de la corriente literaria, observándola con suma tranquilidad. Siempre estábamos en desacuerdo sobre cuestiones musicales; en particular, nunca nos cansábamos de discutir sobre la importancia de Wagner. Tengo que admitir ahora, en retrospectiva, que su sensibilidad y su juicio musical eran mucho más finos y, además, eran más sanos que los míos. Pero entonces yo no lo veía así, y sentía dolorosamente su modo incondicional de contradecirme. Por otra parte, ofendía fácilmente con sus maneras desenvueltas. Así, por ejemplo, una vez que ambos estábamos invitados en casa de la familia Ritschl, Hüffer aposentó su ancha figura sobre un sillón y, como éste crujiera a causa de aquél peso tan inacostumbrado, exclamó alegremente: «¡Oh, éste no es *koscher!*», una palabra que, sin duda alguna, debió de molestar a la señora Ritschl, judía bautizada. Algo parecido sucedió un día cuando en uno de los palcos delanteros del teatro de Leipzig conversábamos libremente sobre una cantante a cuya actuación habíamos tenido ocasión de asistir el día anterior. Alabamos su canto, pero tanto más nos disgustaba su cara, que era de una fealdad

extraordinaria y cuyas particularidades Hüffer se encargaba de describir a voz en grito. Qué impresión cuando una dama que se encontraba tres pasos delante de nosotros se volvió tranquilamente y se encaró, encaramos precisamente con aquél rostro de fealdad extraordinaria, con su público censor. Disgustados por haber herido tan gratuitamente a alguien, no mejoramos la situación cuando, tras la función, le enviamos unas flores con la inscripción: «Rosas para el ruiseñor». Un hábil sirviente al que habíamos encomendado el encargo nos entretuvo después, mientras cenábamos en el jardín italiano, con el relato de cómo había dado con la dirección de la dama en cuestión.

Desde el día en que Ritschl había valorado tan favorablemente mis papeles sobre Teognis, mi relación con él se volvió mucho más estrecha. Casi dos veces por semana iba a visitarle al mediodía y siempre lo encontraba dispuesto a mantener una conversación seria o de carácter más distendido. Generalmente, se encontraba sentado en una mecedora y leía el diario de Colonia, que, debido a una vieja costumbre, seguía leyendo junto al de Bonn. Sobre la mesa, cubierta como de costumbre por una montaña de papeles, había un vaso de vino tinto. Cuando trabajaba se servía de un asiento que él mismo había tapizado sacando el relleno de un cojín que le regalaron y cosiéndolo encima de un taburete de madera olorosa que no tenía respaldo. En su conversación se mostraba libre de cualquier traba: la cólera contra sus enemigos, su disgusto por las circunstancias del momento, problemas universitarios, las manías de los profesores; todo lo expulsaba, así que puede decirse que era lo más opuesto a una naturaleza diplomática. También se mofaba de sí mismo, sobre todo de su escaso sentido de la nomía: por ejemplo, sobre el hecho de que, antiguamente, había escondido el dinero de su sueldo en billetes de 10, 20, 50 y 100 táleros dentro de los libros, para así poder alegrarse después cuando los volviese a encontrar. Que alguna vez, con el préstamo de libros, vinieran a crearse situaciones singulares, por las que diversos estudiantes pobres se encontraban con la sorpresa de un donativo por el que no estaba bien expresar gratitud ni acuse de recibo, era algo que nos solía contar su mujer y a lo que papá Ritschl no tenía más remedio que asentir con gesto avergonzado. En realidad, el celo con el que procuraba mostrarse útil a los demás era grandísimo; de ahí, la razón de que tantos jóvenes filólogos, aparte de la ayuda que le debían en los asuntos científicos, se sintieran también obligados para con él por el vínculo del afecto personal. Tendía, sin duda alguna, a sobrevalorar su propia disciplina y, en relación con esto, era contrario a que los filólogos se acercasen demasiado a la filosofía. Por el contrario, trataba que sus estudiantes encontrasen cuanto antes la utilidad de la ciencia a la que se dedicaban; para eso solía fomentar fácilmente la vena productiva de aquéllos. A la vez, se hallaba libre de todo credo científico, y lo que más le irritaba era la aceptación incondicional y acrítica de cualquiera de los resultados obtenidos.

Una naturaleza completamente distinta descubrí en Wilhelm Dindorf. Un día, Ritschl me preguntó si no querría yo realizar un trabajo que sería de gran valor para la ciencia a cambio de unos atractivos honorarios. Le respondí que no me negaría en caso de que yo mismo pudiera sentirme bien pagado si aprendía algo de provecho. Entonces Ritschl me confió que el profesor Dindorf tenía mucho interés en la preparación de un nuevo índice de las obras de Esquilo, y que deseaba hablar conmigo al respecto. Por primera vez en mi vida me encontraba a punto de correr un gran peligro, a causa de alguien que sólo deseaba mi bien. Así es que, una tarde, me dirigí a casa de Dindorf. Al principio quisieron hacerme creer que el profesor no se encontraba en casa, pero una vez que dije mi nombre me

permitieron entrar. Un hombre robusto de facciones apergaminadas y de una formal cortesía, con una personalidad que daba la impresión de estar pasada de moda y que, con su mirada fija e indagadora, tenía algo que invitaba a ponerse en guardia, me abrió la puerta y me condujo a una habitación amueblada al antiguo estilo francón. Ambos tratamos de ponernos de acuerdo sobre la tarea que yo tendría que realizar. Exigió que, por mi parte, yo le entregase una prueba previa, la cual le prometí. Más adelante, con ocasión de otras entrevistas y tras de que él conociera mi opúsculo sobre Teognis, comenzó a preocuparme su manera desenvuelta y desvergonzada de alabarme, de la misma forma que las opiniones que sostenía, que denotaban un profundo pesimismo, pero carente de ética; por otra parte, irradiaba un repugnante egoísmo mercantil. Su mercado con las conjeturas, la venta de sus ediciones aquí y allá a libreros ingleses y alemanes, y también su relación con el mal afamado Simonides, se me fueron haciendo cada vez más insoportables, por lo que al final me distancié por completo de él dejando que se me fueran de las manos todas las proposiciones que me había hecho. Finalmente, éste fue también el consejo de Ritschl, quien también había tenido que sufrir a causa de las desconsideraciones de Dindorf.

Más tarde conocí también al más declarado enemigo de Dindorf el famosísimo Tischendorf. Me habían sido confiados unos cuantos pergaminos de distintos siglos, entre los que también se hallaba un palimpsesto, pertenecientes al legado del profesor Keil, y se me había encargado, en interés de su viuda, que me informase de su valor. Aproveché esta ocasión para procurarme el acceso a un hombre que disfrutaba en el extranjero de un prestigio sin precedentes como representante de una ciencia específicamente alemana y que, por ese motivo, se veía mermada su reputación en el estrecho círculo de los eruditos alemanes. Supe con quién había de vérmelas cuando, una tarde, pregunté por él en una calle alejada, muy bella y tranquila. El «consejero áulico» se encontraba, sin embargo, ausente en aquel preciso momento, y yo habría sido despachado si no hubiera demostrado plausiblemente, tanto al sirviente como luego a la esposa, que el profesor tenía que estar a punto de llegar. Así conseguí introducirme en su cuarto de trabajo, en el que no logré descubrir nada que proclamase ostentosamente la sabiduría de su dueño; sobres de cartas y textos bíblicos en griego yacían por todas partes en gran cantidad. Contrariamente, podría haberse pensado en dar con una estantería conteniendo la *opera omnia* del gran hombre y con una vitrina en la que se custodiaran las innumerables órdenes y galardones con las que tantos príncipes y academias habían honrado al afortunado investigador. Cuando, poco después, apareció un hombrecillo ligeramente encorvado, de rostro fresco y enrojecido y cabello rizado de color negro, le expuse la cuestión que me había llevado hasta él, y que, quizá con razón, trató como si de una bagatela se tratara, dejando ver con ello dos rasgos de su carácter. Apenas había visto un pliego datado en el siglo IX, escrito en una ejemplar cursiva griega muy bella, cuando aseguró de forma rotunda que él poseía la parte que faltaba y que correspondía a ese mismo pliego, sin aportar la más mínima prueba de ello. Cuando después le indiqué algunas letras sueltas de otro pliego que sólo podían ser leídas con gran esfuerzo, él leyó, con sorprendente rapidez, en una parte en la que yo no acertaba a ver casi nada, una palabra que sólo se encontraba una vez en el Evangelio de San Marcos, y afirmó que, por lo tanto, ese hecho demostraría que nos hallábamos ante un fragmento de aquel Evangelio. Por mi parte, me regocijaba tanto aquel juego de ilusión como a él, quien a su vez, debía de enorgullecerle el poseer un *specimen ingenii* que parecía tan brillante.

Mucho más confiado con esto, comenzó a mostrarme una gran cantidad de pliegos estupendos que despertaron aún más mi interés por el curso de paleografía que él tenía anunciado. Éste fue, en realidad, el curso que con más entusiasmo he seguido, a pesar de que en él no hubo ni método ni exposición sistemática alguna que pudiera aprenderse. Por eso, cabe preguntarse si en vez de «curso de paleografía» no habría que haberlo llamado mejor: «Recuerdos y experiencias de Tischendorf». En todo caso, este curso se hallaba revestido de un malditismo que, en un defensor de la teología tradicional, resultaba doblemente picante. Uno de los puntos más interesantes lo constituía la apasionada descripción en la que se incluían hasta los detalles más repugnantes del fraude de Simonides y su desenmascaramiento por Tischendorf. A pesar de la falta de principios en la exposición, la cantidad de comentarios y observaciones sueltas de las lecciones eran de incalculable valor para los amantes de la paleografía, porque, en definitiva, no ha existido ni existe un hombre que, como Tischendorf, haya leído bajo mirada tan perspicaz doscientos manuscritos griegos datados antes del siglo noveno, para estudiarlos con fines paleográficos. Poseía, a la vez, las pruebas y los modelos más codiciados de todo tipo de caracteres escritos y, además, era capaz de despertar nuestro deseo mediante la referencia a determinados tesoros ocultos Dios sabe dónde que aún quedaban por descubrir. Así, nos sedujo con un hermoso papiro, cubierto de largos fragmentos de Hornero, que se encontraba en manos de un inglés en Alejandría y que sólo debería entregarse al prometido de su hija, una dama de tez morena, ya no muy joven. También me contó algo sobre un palimpsesto de Nápoles que todavía no se había utilizado. Por su mediación, la universidad me permitió consultar palimpsestos aún no leídos que, sobre una escritura asiría presentaban caracteres del siglo séptimo. Entre estas casi treinta hojas descansaban los restos de un gramático griego que, al parecer, escribió una Ürep waÛfargoyrô [tratado de ortografía]. He de decir, además, que también encontré aquí un fragmento de Hesíodo de tres palabras.

ATNEOREM EXIETEM

AEDHM SV SODOISH

En el trato privado, Tischendorf caía una y otra vez en accesos de una vanidad imperturbable e inocente. De lo que más orgulloso se sentía era de haberle caído en gracia al gran «devorador de alemanes», Cobert. «Los filólogos alemanes no comprenden nada, sólo tú eres un gran tipo». Cuando una vez Hermann quiso algo de él, Cobert ni siquiera le contestó. «Sin embargo, a mí me escribe ardientes cartas de amor». De esta manera hablaba de sus amigos, de cuya ignorancia en cuestiones de paleografía se mofaba cruelmente cuando la ocasión se lo permitía. La vanidad de Tischendorf era ofensiva y nauseabunda: tendríamos que decir, tras dos minutos de haberle conocido, que nos encontramos frente a un problema psicológico. En el cuadro de ese hombre hay varios rasgos disparatados: extremadamente inteligente y hábil, también diplomático y astuto, entusiasta, frívolo, extraordinariamente perspicaz en su especialidad, meticuloso hasta la desesperación en sus publicaciones, ingenuo, vanidoso sin medida, avaro, *defensor fidei*, cortés, especulador

editorial... He aquí una postal multicolor de sus características. En cualquier caso una *húkiop* [psicología variopinta].

Durante el segundo invierno que pasé en Leipzig me dediqué con intensidad a estudios de paleografía. Por mediación de Ritschl había obtenido acceso casi ilimitado a los tesoros manuscritos de la biblioteca áulica de Leipzig, donde, gracias a la amabilidad con la que me trataba el bibliotecario me sentía extraordinariamente bien. En la oscura sala de la Gewandhaus, en las horas del mediodía, me sentaba cómodamente a la gran mesa verde, con un manuscrito latino delante, quizá de Terencio, de Estacio o de Orosio. No menos atractivos me resultaban los enigmas de Adelmo, de los que descubrí múltiples y valiosas variantes. En un Códice de Orosio, del siglo XI, descubrí una especie de glosario que databa del mismo siglo y que contenía palabras alemanas, como por ejemplo: *steof-vater*, *frosco snebal*, *rocchen (colo)*, etc. De entre la gran cantidad de obras antiguas impresas descubrí un Walter Burley que los registros bibliográficos ya no mencionaban: *De vita philosophorum* de Walter Burley, está catalogado como HLq en la biblioteca áulica de Leipzig, sin nombre de autor ni fecha, siete páginas de índice, dos columnas, cincuenta páginas de texto; sobre el número cincuenta, a la derecha, una columna de escritura gótica. La filigrana:

También tengo que recordar aquí la extraordinaria amabilidad con la que me han tratado en todo momento los empleados de la biblioteca universitaria. Su comportamiento rememora la célebre gentileza y la amabilidad de los sajones, sin tener nada de su lado negativo. Estos hombres excelentes que a menudo tenían que sacrificar mucho tiempo y esfuerzos, atendían sin dilación todos mis pedidos de libros y nunca me mostraron el menor gesto de desagrado cuando, con mucha frecuencia y no pocas exigencias, me presentaba ante ellos. He de nombrar con particular agradecimiento al profesor Pückert.

En nuestra sociedad filológica he pronunciado cuatro conferencias importantes, que son:

1. La última redacción de la obra de Teognis.
2. Las fuentes biográficas de Suidas.
3. Los *wekanŭp* de los escritos aristotélicos.
4. La guerra de los aedos de Eubea.

Estos temas caracterizan aproximadamente las principales tendencias de mis estudios. Aquí debo observar, en referencia al tercer punto, que, como argumento de fondo, contribuí a desarrollar la crítica de las fuentes de Diógenes Laercio. Desde el principio sentí inclinación por este estudio; ya en mi primer semestre en Leipzig recopilé varios elementos concernientes a este tema. También le conté a Ritschl algo al respecto. Un día me preguntó con mucho misterio si no estaría yo también dispuesto a llevar a cabo una investigación

sobre las fuentes de Diógenes Laercio si desde otra parte recibiera un incentivo más concreto. Me torturé tratando de descubrir el significado de aquellas palabras, hasta que, en un momento de inspiración, tuve la seguridad de que el próximo concurso universitario establecería un premio para la disertación que mejor tratara ese tema. La mañana en la que debían publicarse los temas me apresuré hacia el café Kintschy, donde me lancé esperanzado sobre el *Leipziger Nachrichten*; correcto, mi vista recayó sobre las deseadas palabras: *de fontibus Diogenis Laertii*. El tiempo que siguió, los problemas referidos a este tema casi me ocupaban el día y la noche; unas combinaciones se sucedían a otras hasta que, finalmente, durante las vacaciones de Navidad, que utilicé para reunir los resultados obtenidos hasta aquel momento, surgió de improviso la seguridad de que entre Suidas y las cuestiones laercianas existía una determinada conexión que había que tener en cuenta. Aquella tarde en la que descubrí la clave me sorprendí de la feliz circunstancia de que, como guiado por un instinto seguro, primero hubiera investigado sobre las fuentes de Suidas y luego, sobre las de Laercio, y que de repente me encontrase entre las manos con las claves de ambos problemas. Cuanto más rápidamente progresaba de día en día con esta combinación, tanto más difícil me resultaba después decidirme a ordenar y redactar mis resultados. Pero el tiempo apremiaba, amenazador; sin embargo, dejé pasar la bella estación del verano entre gozosos esparcimientos y la compañía de mi amigo Rohde; además, nuevos intereses científicos comenzaron a atormentarme y me obligaron constantemente a concentrar en ellos mis pensamientos. Sobre todo, el problema homérico, por el que mi última conferencia en la asociación me hizo navegar a toda vela. Finalmente, cuando ya no había más tiempo que perder, me puse manos a la obra, y escribí los resultados a los que había llegado en mi investigación sobre Laercio lo más claro y sencillo que me fue posible. Y llegó el terrible último día de julio; piqué espuelas con toda la energía de la que fui capaz, y a eso de las diez de la noche, con el manuscrito terminado, me fui corriendo a casa de Rohde en medio de la oscuridad y la lluvia. Mi amigo estaba ya esperándome, y tenía preparado, para reconfortarme, el vino y los vasos.

El propio Rohde, en una carta dirigida a mí, plasmó una imagen mediante la que nos retrataba a los dos en el último semestre, «sentados juntos sobre el mismo banco solitario». Esto es completamente cierto, pero no fui consciente de ello hasta que no hubo pasado el semestre. Sin intención alguna por nuestra parte, pero guiados por un instinto certero, pasábamos juntos prácticamente el día entero. No es que trabajásemos mucho en el sentido trivial del término, pero, no obstante, nos apuntábamos cada jornada transcurrida como una ganancia. Ésta fue la primera vez en mi vida que experimenté que el surgimiento de una amistad poseía un fondo ético-filosófico. Por lo general, suele ser la coincidencia en los mismos estudios lo que une a las personas. Nosotros, sin embargo, estábamos muy alejados el uno del otro en el campo científico, y tan sólo coincidíamos en la ironía y la burla con la que tratábamos la afectación y la vanidad filológica. Reñíamos muy a menudo, tal era la cantidad de cosas sobre las que estábamos en desacuerdo. Pero en cuanto la conversación se centraba en lo profundo, la disonancia de opiniones enmudecía para dar lugar al plácido y pleno son de la armonía. ¿No es cierto que, generalmente, en el trato y las amistades suele suceder lo contrario? ¿Y no es ahí donde los jóvenes sufren gran parte de sus amargas desilusiones? Por eso ahora recuerdo con tanto placer aquella época y rememoro gozoso la imagen de aquellas alegres noches en el salón de tiro, o de aquellas plácidas horas de reposo en un lugar tranquilo del Pleisse en las que los dos disfrutábamos como artistas que,

momentáneamente, se sustraen a los impulsos de la acuciante voluntad de vivir, y se abandonan a la pura contemplación.

Llegado a este punto, me doy cuenta de que en la narración de mi época de Leipzig salto de un lugar a otro sin un plan establecido, confundiendo tanto personas como semestres. Para mi propia orientación anotaré aquí, los puntos más sobresalientes de cada uno de los semestres en una lista.

I. Semestre. Octubre 1865 - Pascua 1866

Invierno. Alojado en casa de Rohn, *Blummengasse* 4, en el jardín.
Descubro a Schopenhauer.
Compongo un *Kyrie*.
El libro de las observaciones.
Fundación de la asociación filológica.
Conferencia sobre Teognis.
Amistad con Ritschl.
Frecuento a Mushacke y v. Gersdorff.
El tío Schenkel.
Asociación de Riedel: *Pasión según San Juan, Gran Misa*.
Th. v. Arnold, las *Matinéas* de la música del futuro.
El rey de Sajonia en Leipzig.
Fiesta de los filólogos de Leipzig.
Mucho trabajo en las vacaciones de Pascua.

II. Semestre. Pascua 1866 - Octubre 1866

Verano. Alojamiento en casa de Riedigs, *Elisenstrasse*, 7, planta baja.
Agitaciones políticas.
Contestación a Bismark en Leipzig.
La guerra alemana.
Entrada de las tropas prusianas en Leipzig.
Restablecimiento de la situación política.
Conferencia sobre las fuentes de Suidas.
Reelaboración del trabajo sobre Teognis para el «Rheinisches Museum» en la semana de Sadowa.
Hedwig Raabe, en Leipzig.
Frecuento a Romundt, Windisch, Roscher, Hüffer, Kleinpaul.
Excursiones en barca.
Propuesta de Dindorf.

Vacaciones en Kösen, para refugiarme del cólera.
Estudios lexicales.
Intento de un estudio sistemático de las interpolaciones en los trágicos griegos.

III. Semestre

Ataco *De fontibus Laertii.*
En Navidad se descubren las claves.
Escribo el ensayo sobre los wekan^U aristotélicos.
Examen de códices en la biblioteca áulica.
Conozco a Tischendorf.
Soy presidente de la asociación filológica.
Miembro de la Sociedad de Filología.
Estudios de onomatología.

IV. Semestre. Pascua 1867 - otoño 1867

Verano; vivo en la *Weststrasse* 59.
Noches en el salón de tiro.
Frecuento a Rhode y Kleinpaul.
Conclusión del trabajo sobre Laercio.
Conferencia sobre los aedos de Eubea.
Noche de conjeturas en Simmer.
Horas de equitación con Rohde, en Bieler.
Último banquete de la asociación.
La bella Elena, de Offenbach.
Los últimos días vivo en el jardín italiano, un piso por encima de Rohde.
Invitamos a casa, por última vez, a nuestros amigos.
Despedida del período estudiantil.
Gozo de la naturaleza: «Nirvana».
Despedida de Ritschl.
Viaje con Rohde a los bosques de Baviera.

V. Semestre. Octubre 1867 - Pascua 1868

Fiesta de filología en Halle.
Viaje a Berlín.
Servicio militar.
Estudios sobre Demócrito.
Mi trabajo sobre Laercio resulta premiado.
Planes y proyectos. Historia de los estudios literarios.

De Homero Hesiodoque aequalibu. Reelaboración de la conferencia.
Sobre Schopenhauer como escritor.

Friedrich Nietzsche